

LA JOVEN CRISTIANA¹

Las jóvenes, según el venerable San Cipriano, obra perfecta de la gracia, encanto de la naturaleza y el más precioso rebaño de Jesucristo, son como las flores hermosas en el jardín de la vida, puras como la azucena, fragantes como la rosa y delicadas cual la sensitiva.

Ellas, nacidas las unas en abrigadas y primorosas estufas, las otras bajo la dura presión de grandes y punzadores abrojos, regadas con ardientes lágrimas, y otras en solitarios y escabrosos terrenos, siempre combatidas por vientos impetuosos, necesitan una mano cariñosa que las coloque en los sagrados vasos, que las riegue con los dulces consuelos de la religión y las vivifique con las purísimas auras de la fé.

Nada hay que ofrezca mayores cuidados, ni que exija mas grandes atenciones, á los padres, tutores y directores espirituales, como la educación y dirección de una joven. Ni nada hay tampoco en el mundo más peligroso, como el descuido de aquellos, ó la imperdonable indiferencia de algunos seres en tan delicado asunto, así como una rígida enseñanza llevada hasta la exageración. «La educación material, dice una escritora francesa, era buena antiguamente en todas las clases de la sociedad; con respecto á la educación moral, la de las clases altas dejaba mucho que desear. Abandonada casi por completo a preceptores, como acontece aún en medio del aturdimiento de las grandes capitales, a la influencia legítima y natural de las familias, de las afecciones y deberes de cada una, se ha sustituido una influencia estraña é interesada. ¡Cuántas jóvenes no han recibido de los mismos que debieron ser los guardadores de su virtud, malas lecciones y perniciosos ejemplos! De ahí casas arruinadas, razas degeneradas por las faltas de padres negligentes en uno de sus deberes más importantes. En nuestros días, por el contrario, no se atreven á separarse de sus hijos, ni aun por algunas horas, cuando esta separación es útil; todo se somete á la moda y se lleva á la exageración.»

Vamos, por tanto, á hacer algunas ligeras consideraciones acerca de lo que es una joven,

su educación y sus deberes. Pero hablemos de ella desde el momento en que haciendo su entrada en el gran mundo, se dispone á las luchas materiales del corazón y á

¹ *Asta Regia*, 25-10-1880, nº 40, págs. 1-2 y 1-11-1880, nº 41, págs. 2-3. Este artículo, publicado en dos partes, expresa el pensamiento de la autora sobre el papel de la mujer en la sociedad, claramente adscrito a una posición conservadora y religiosa. Se inscribe en la primera época de la revista, donde, a pesar de ese conservadurismo, se aboga por una educación para la mujer no solo religiosa, sino también en ciencias, artes e idiomas. Eso sí, para la joven rica; la pobre debe ser educada “en la humildad y en los principios de la religión” en las academias gratuitas.

las pruebas por que tiene que pasar el espíritu, hasta la segunda época de la mujer en que la

variación de estado le hace sentir nuevas afecciones, nuevos deberes y nuevas, luchas a la vez. Fijádonos muy especialmente en las condiciones que deben influir en su carácter, y en las obligaciones que contraen con la sociedad y la religión. Pero atendiendo sobre todo á las circunstancias en que cada una vive, ó en la posición social en que se encuentran.

LA JOVEN RICA.

Comencemos, pues, por la que nacida en el lujo y la abundancia, y acostumbrada á las comodidades del cuerpo, no ha sentido jamás en su pecho las necesidades materiales de la vida, ni conoce las vicisitudes y sufrimientos por que tienen que pasar los que por desdicha carecen de medios de subsistencia.

La joven rica, si por ventura se halla dotada de bondadoso carácter, de inocente mirada y clara imaginación, puede, teniendo unos padres buenos y cuidadosos de su bienestar, obtener una educación brillante, servir de útil beneficio á la sociedad, y hacerse digna por medio de sus virtudes, del cariño del mundo y de las infinitas dulzuras del cielo.

Al hacer su primera comunión, ataviada sencillamente con su vestido blanco, su velo de gasa y una corona de pequeñas azucenas, símbolo de la pureza, debe su madre preparar convenientemente su espíritu, enseñándole á conocer que debemos amar a Dios sobre todas las cosas, obedecer al venerable sacerdote que nos dirige y ostentar siempre como más glorioso timbre, el título de cristiana.

«No hay dignidad comparable con la de cristiano, dice un sagrado libro; todo título de nobleza, todo dictado, honorífico, toda dignidad de la tierra, todo nombre, cede al augusto epíteto de cristiano, y al respetable carácter que recibimos en el bautismo. Muchos príncipes y princesas nunca se gloriaban de otra cualidad: *soy cristiano, soy cristiana*, se les oía repetir muchas veces: estos son los títulos de mi nobleza. San Luis, rey de Francia, se firmaba *Luis de Poissy*, porque en Poissy había sido bautizado. *Yo soy cristiana*, respondían á los tiranos aquellas ilustres mártires, que en nada apreciaban ser princesas.»

Guiada por los saludables consejos de un sabio pastor y por el purísimo amor de una madre, no dará jamás cabida en su corazón, una tierna joven, á las miserables pasiones de la envidia y el orgullo, sino por el contrario, la humildad será su norma y la caridad su más poderosa guía.

Nada hay tan hermoso como el ejercicio de las virtudes, ni que ofrezca mayores consuelos como el cumplimiento de nuestra santa religión.

Preparada ya la joven para seguir la senda salvadora del cristiano, debe ser instruida luego por ilustrados y escogidos profesores, ampliando su educación cuanto sea posible á sus alcances, con el conocimiento de las ciencias, de las artes y los idiomas, que tan útiles pueden ser á una mujer en el trascurso de su vida, siendo además la ilustración un adorno que la embellece, y una razón más para que conociendo el mundo y sus maldades pueda apartarse de ellas, siguiendo siempre el camino del bien que mira claro con la luz de su despierta inteligencia y abierto eternamente ante los corazones fervorosos.

No está vedado a una joven gozar en el mundo de los placeres lícitos admitidos en nuestras costumbres, pero con cierta moderación y guardando siempre las conveniencias sociales y religiosas. Pues el mismo San Francisco de Sales, dice: «Si no podéis excusaros alguna vez de ir al baile, cuidad que el baile sea aceptable en todas sus circunstancias, de buena intención, de dignidad y de modestia. »

Mas no se presente nunca en los centros de reunión donde se vea precisada á concurrir, tratando de deslumbrar á los demás con el lujo de sus trajes y riqueza de sus adornos, sino por el contrario, manifestando en el vestir la más graciosa y bien entendida elegancia, cual es la sencillez y el buen gusto.

La finura y la más esquisita amabilidad deben resaltar en sus conversaciones, y la energía y el valor en los casos necesarios en que sea.

Por otra parte, la joven ha de tener un especial cuidado en la elección de sus amigos, evitando desde luego el trato de aquellos que por su carácter, condición ó costumbres, pueda perjudicarla. La amistad es un afecto tiernísimo que ofrece dulces consuelos, pero es tan rara en la vida, que difícilmente se encuentra pura y verdadera.

No dé jamás oídos á la lisonja ni a conversaciones vituperables ó indignas, porque dice un sabio escritor, que «una palabra deshonesta hace en un corazón sencillo lo que una gota de aceite sobre el papel,» y además, la adulación despierta en el ánimo de la persona elogiada la vanidad y el orgullo.

Es tanto más hermosa y digna de ser amada una joven rica, cuanto más brille en sus ojos y en sus acciones el candor y la modestia. Siga siempre el camino que señala nuestra religión, que ilumina la antorcha de la fé, y que espedito se encuentra para los corazones puros.

Y cuando haya llevado á cabo el acto mas importante de la mujer, cuando el sacramento del matrimonio llene las dulces aspiraciones de su alma, imponiéndole

nuevos deberes que cumplir, muéstrese digna esposa, tierna y obediente; consuele y ayude á su marido á sobrellevar las grandes dificultades de la vida, y sea una madre buena y cariñosa, que enseñe con su piadoso ejemplo á sus amados hijos, la senda de la virtud.

La caridad con los desgraciados y el cumplimiento de sus obligaciones con la iglesia y en el seno de la familia, serán los goces más hermosos de su vida. Así es la mujer cristiana de que nos hablan los libros santos. Mas digamos también, como el libro de los Proverbios; «¿Quién encontrará una mujer fuerte tal como la acabo de presentar? Es más preciosa que las perlas que se traen de las estremidades del mundo.»

LA JOVEN POBRE.

Dice el *Año Cristiano* en una de sus meditaciones que el mundo en la realidad no gusta

de pobres ni de afligidos; en su opinión toda adversidad es un estorbo invencible para hacer fortuna; este es el concepto que forma el mundo de las adversidades. Pero sujétese uno á las órdenes de la Divina Providencia; esté contento con el estado en que Dios le colocó; sufra con paciencia las incomodidades y necesidades que están anejas a él; reciba con resignación aquel contratiempo, aquella desgracia; su herencia será el cielo, porque ésta es la legítima de los afligidos y de las almas humildes.

La joven que vio la luz primera bajo el mísero techo de un obrero, que apenas nacida al mundo comenzó a experimentar los grandes inconvenientes de la vida, probando la escasez, los trabajos y los dolores, y que concibe la dicha de los que gozan comodidades y riquezas, es doblemente digna de aprecio á los ojos de Dios si se conserva pura y virtuosa entre los espinosos escollos por que atraviesa.

La que tiene unos padres. honrados y cariñosos que se hallan en la dura necesidad de salir de su casa para buscar en el trabajo el sustento de sus hijos, debe, si tiene hermanos, cuidarlos con la misma solicitud con que pudiera hacerlo su tierna madre, cuidando á la vez de los quehaceres de la casa y de cuanto fuere menester, á fin de que sus pobres padres encuentren á su vuelta el descanso apetecido, el alivio de las fatigas del día y el consuelo de sus amarguras, con la satisfacción del que tiene seguridad de hallar en el hogar doméstico, la paz y la tranquilidad tan necesaria al espíritu.

Una buena madre no debe imponer a sus hijas pequeñas la obligación del trabajo, sin que antes no le haya hecho conocer á Dios, y procure por cuantos medios le sea posible educarla en la humildad y en los deberes de la religión, para lo cual existen esos centros

de beneficencia sostenidos y dirigidos por celosas corporaciones y asociaciones piadosas, y que se llaman academias gratuitas.

Así educada, é impregnada en las obligaciones del cristiano, puede una joven pobre hacerse cargo más fácilmente de su situación en el mundo, de los deberes que contrae con la sociedad, y de la clemencia que ha de alcanzar de la misericordia divina, si no se aparta un punto del camino que tiene señalado sobre la tierra.

¡Cuán peligrosa es la suerte de las pobres que no tienen una mano protectora que las guíe por la senda de la luz y que las separe del hondo precipicio que abre la ignorancia ante su paso!

Dice un sagrado libro, que «de ninguna cosa se forman en el mundo ideas más desacertadas que de la virtud». Representase como un país sembrado todo de espinas y de cambrones; todos los retratos que se hacen de ella aterran y retraen; parece que todos se complacen en pintarla llena de fealdad y de horror. A solo el nombre, á solo el pensamiento de vida cristiana y de devoción se alborotan todas las pasiones y se ponen en arma los sentidos.

Destierra desde hoy todas esas preocupaciones, tan injuriosas al Dios á quien servimos, tan contrarias á la religión que profesamos, y tan opuestas al evangelio que creemos. Cuando se te ofrezcan á la imaginación esos quiméricos fantasmones, cuando tu amor propio abultare esas imaginarias dificultades, oye la voz de Jesucristo que dice: *mi yugo es suave, y mi carga ligera*; y pregúntate á ti mismo: «mi amor propio me dice que este yugo es pesado y amargo: ¿cuál de los dos se engañará? Todos los santos, todos los que le han llevado nos aseguran que es muy dulce. ¿Se habrán conjurado todos los santos para engañarnos a los demás? Luego la única que se engaña es mi imaginación, es mi amor propio.»

El trabajo es el patrimonio de los pobres; no envidie jamás el que haya nacido en esta esfera, las riquezas y las comodidades de los otros, ni aspire á poseerlas por medios reprobados y contrarios á nuestras leyes. Viva conforme en un todo con su suerte y espere en Dios que premia con largueza las virtudes y la resignación de los que sufren con paciencia las grandes adversidades de la vida.

La joven que ha disfrutado de una holgada posición, y que de repente vé desaparecer su fortuna, que mira la más desastrosa de las ruinas, llevando al seno de su familia la desolación y la miseria, y que vé con amargura infinita el profundo abatimiento de sus ancianos padres; esa, la más pobre de todas y más digna de compasión, ¡de cuánta fuerza de voluntad, no habrá menester en tan terrible golpe, para sobrellevarlo, y para

dedicar al trabajo sus manos no acostumbradas y su cuerpo delicado! ¡Pero cuánto mayor no será también su mérito á los ojos del Señor si resiste á su desgracia con entereza de espíritu, y si como otra mujer fuerte ciñe de valor su pecho y fortifica su brazo, prestando su ayuda y sus consuelos á aquellos seres queridos, sin avergonzarse de su pobreza!

Ser pobre no es un pecado, ni menos una ignominia que cause vergüenza ni sonrojo, por el contrario, la pobreza tiene un principio sublime y un fin supremo. ¿Quién fué más pobre que nuestro Señor Jesucristo, cuya cuna fué un establo, y cuyo abrigo primero la paja que le envolvía? ¡Y Él era el hijo de Dios, y su poder era infinito, y su grandeza no tuvo igual entre los hombres!

La Virgen purísima y su Santo esposo, ¿no fueron humildes trabajadores que se afanaron por su Hijo, y que sufrieron penosas dificultades y dolorosas fatigas, con la calma evangélica de los fuertes de corazón, con la fé poderosa en sus almas y con la sonrisa de la resignación en sus labios? ¡Pues qué más santo ejemplo, para los seres de la tierra, ni más portentosa lección para los que llenos de vanidad con sus riquezas y creyéndose superiores juzgan una humillación el igualarse con los pobres, y luego no revisten su espíritu con paciencia en los grandes infortunios de la vida!

«Los trabajos que nos vienen de la mano del Señor, (dice el incomparable libro de Judit), no son castigos de un severo juez que nos intenta perder, sino avisos de un amoroso padre que nos pretende corregir. No hay medio más eficaz que las desgracias para obligar al pecador á convertirse y á reformar sus costumbres; no le hay más propio para que juzgue á poca costa los pecados de la vida pasada, ni para que satisfaga las deudas que ha contraído á beneficio de la divina Justicia. Si eres justo, los trabajos son un fuego que purifica y consume la escoria del corazón. Nunca está más puro el sol que cuando sale del crisol. »

Siga, pues, la joven pobre, el estrecho camino de su vida sin apartarse de la senda de la virtud, que al fin tiene la gloria; no desmaye un instante en las grandes tribulaciones de su existencia; preste con sus trabajos el consuelo de su familia, y busque siempre la calma y la fortaleza en nuestra santa religión, sin que por esto deje de disfrutar de la dulce alegría y de los goces inocentes que se encuentren á su alcance; y cuando cambie su estado por el de casada, sea para su marido la compañera de sus amarguras, el paño de sus lágrimas y el bálsamo de sus dolores.

¡Cuán felices son los hijos pobres que tienen una madre amante y virtuosa que los dirija por el sendero del cristiano, y que les enseñe la necesidad del trabajo y las grandezas

que Dios tiene destinadas en el cielo á los pobres de la tierra que siguen sus doctrinas y que le aman de corazón!

¡Cuán sublime es aquí en el suelo la misión de esos apóstoles de Jesucristo! Recordemos si no, la historia de San Juan de la Cruz; la pobreza en que viviera y el afán con que su buena madre le inspiró el amor y las virtudes, por medio de las cuales llegó el glorioso santo á conseguir sobre la tierra la veneración de todo el mundo, y después, allá en el cielo, la dulce ventura reservada á los elegidos del Señor.

¡Dichoso el que logra la perfección del alma por medio de las virtudes!
¡Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos!

Carolina de Soto y Corro